

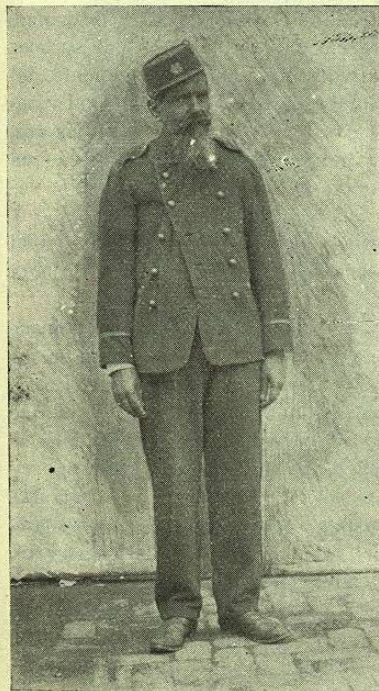
XIV

El policía del terruño no está sujeto á ordenanza escrita; y, por tal, obedece—cuando es obediente, que suele ser altanero—las órdenes de los ediles, desde el Alcalde hasta el

último juez de barrio; es un subalterno que casi no tiene responsabilidades de subordinado. De esta falta de legislación provienen las innumerables tropelías y las continuas arbitrariedades de que son acusados los guardianes del orden público.

Los que forman el cuerpo de policía son pocos, si se viene á la cuenta los muchos abusos que hay que contener y las más quejas que han de oirse; porque no estamos en Suiza para convertir á cada vecino en policía del inmediato.

Nuestro policía no tiene el olfato del *gendarme* francés, ni la perspicacia del *detective* inglés: él mismo no sabe lo que se tiene.



Es parco en razones, largo en garrote y flaco en sabiduría; sabe que está autorizado para contener cualquier desmán, y con plenitud de facultades para perseguir al delincuente; pero ignora cómo ha de contener y está en ayunas respecto de sus facultades policíacas: en el garrote concentra su autoridad y en la pistola halla su defensa; por no conocer la importancia de sus funciones, amengua su autoridad y da pábulo á la malquerencia.

Nuestro policía es odioso: el pueblo no ve en él al guardián cívico que presta garantías á los individuos, sino al verdugo que tiraniza á la plebe.

No debiera ser así; pero frecuentemente así es.

Nuestro guardia civil no conoce sus facultades, y abusa de sus prerrogativas; por esto se hace repulsivo, desgraciadamente.

Don *Antoño*—como lo llaman sirios y troyanos—es el guardián que más concuerda con la importante categoría... del polizonte; atento, manso, persuasivo; de aspecto militar por la apostura y de condición blanda por el carácter; vigila y reprime más con su cachaza que otros con la altivez y la barbarie. Cuando un borrachito—los borrachitos son inofensivos—se envalentona y echa sapos y culebras por su boca sin freno, lo lleva caritativamente, casi fraternalmente, del brazo, diciéndole, camino de la cárcel, entre paternal y autoritativo y con acento nasal muy pronunciado: «Ya ves, hombre, esto te sucede por emborracharte; vamos á que duermas un rato, en cuanto se te quite la mona, á la calle..... pero no *güelvas* á ponértela tan *longa*.....» Y de bracero, y con la misma mansedumbre que Pánurgo á su rebaño, conduce al irreducible borrachito hasta dejarlo bien guardado tras de reja.

Acontece que el reo de embriaguez *escandalosa* se insubordina y no lo convencen amonestaciones de fraile misionero ni consejos de policía paternal; entonces viene el policía feroz, el del sable, con más curvatura que alfanje morisco, y más mandobles, tajos y reverses que tizona quijotesca en la aventura de los pellejos; el policía de musculación hercúlea, capaz de llevar á cuestas á Europa con la misma pujanza del ubícuo Júpiter cuando se transmutó en toro; y allí del forcejear iracundo, del vociferar airado y del golpear furioso que ponen al aprehendido en estado de ir á la cama del hospital y no al jergón de la cárcel; son estos del sable el reverso del buen *Antoño*: si éste tiene mansedumbre, aquéllos tienen soberbia; si conmisericordia, saña; si dulzura, aspereza; si amonestaciones, reprimendas; si abrazo, golpeo; y así

van poniendo malas cualidades donde hubo suavidad y complacencia.



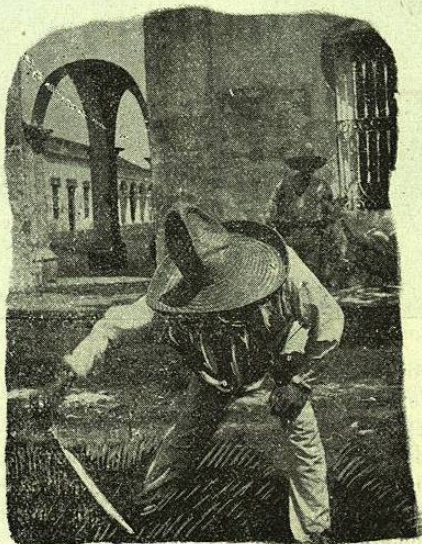
El uniforme en los conservadores de nuestras garantías sufre alteraciones diarias; solamente en los días de fiestas nacionales se usan sin variaciones las prendas del vestuario; de ordinario, si llevan el dormán de paño azul, portan pantalón blanco; si chaquetilla blanca, pantalón azul; así alteran y modifican el uniforme que la ordenanza militar sujetaría á un determinado uso.

En días calurosos— que son nuestros mayores días —al ke-

PERFILES DEL TERRUÑO

pis sucede el sombrero de paja de extendida ala: son curiosas las transformaciones porque pasan estos Frégolis baratos.

Los presos civiles—para no llamarlos de injuriosa manera—quedan sentenciados al castigo de rozar las calles en que, á poco que no los haya, medra la hierba de tan escandalosa lozanía que se nos sube hasta la rodilla con el peligro de ser mordidos por alguna culebra de las que discurren entre la verdecina vegetación callejera; á los rozadores vigilan los policías de lejos con ojos de Argos; el preso empuña un machete con más filo que cimitarra sarracena; corta zacate á diestra y siniestra; y si es preso *vergonzante*, se cala el *chipileño* más abajo de las cejas, así le sirve de rebozo y le evita la afrenta (que aunque en mínimas partes le queda vergüenza) de ser conocido por sus camaradas; aca-

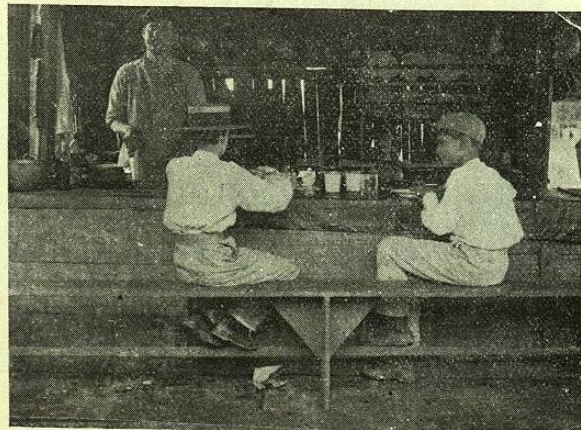


SILUETAS

bada la tarea de la roza, si es de mañana, va á comer el rancho al hospital—fonda para estos desheredados,—y si en la tarde, al encierro de la cárcel; aunque á alguno de ellos le haya dicho persuasivamente y con voz gangosa Don *An-toño*: «Anda, no seas tonto, que con rozar un tantito ya estás *juera*»; que son tales promesas alicantinas que saca la flaqueza de donde hay argucias por falta de energías.

XV

Como las golondrinas hacen albergue de los aleros, así hay gente pobre que levanta barracas á orillas del río para mal tener un más malo y singular hospedaje, con fritadas para estómagos famélicos y lumbre y cazuelas para los diurnos guisotes; allí el puchero siempre humea y pocas veces se asa la manteca; á la vista, como para sacar adelante la verdad á modo de atraerse comensales, está el vaso de blanca y aceitosa leche, la fresca lechuga y el rubicundo nabo, el potaje barato y la mesa escueta; comida de pobre que no sufre in-



digestiones ni padece cólicos, ni impide dispepsia, que come á la ligera y digiere presto; más feliz que el rico que de todo hace hartazgos para después guardar dieta; dichosos comensales, porque tienen que comer y comen con hambre; el trabajo pone la mesa como la tranquilidad hace la cama; para el trabajador no hay pan con dureza, como para el virtuoso no existe cama con vigilia; come el primero con escasez y gana, y duerme el segundo con paz y sosiego.

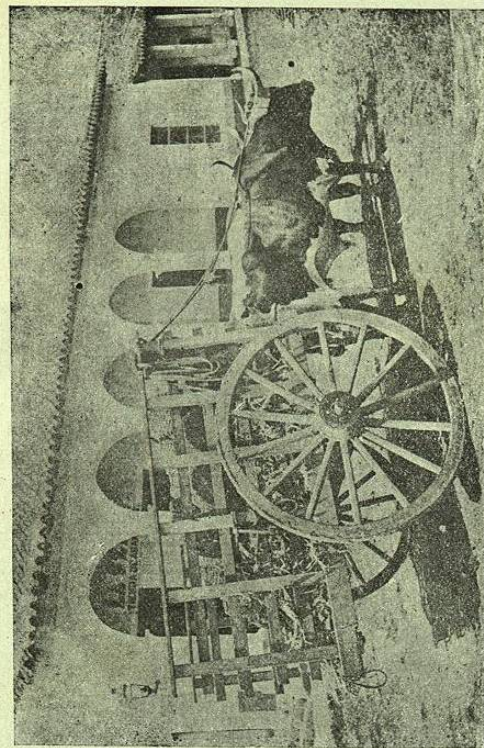
Donde la templanza y la privación se dan la mano, acude el contento y la salud reina.

Mirad esos pobres que comen sin ascos ni melindres, propios de paladares esquilimosos; el rudo ejercicio cotidiano dió fuerza al hambre y trajo en su demanda la apetencia; á falta de pavos no escasean plátanos en sazón; y por bien compaginados postres tienen fritos y mantecosos frijoles; es para ellos esa fonda miserable lo que la rama para el pájaro: lugar de sustento y de abrigo, tregua para el rudo trabajo y expansión para el pensamiento quieto.

XVI

En las fértiles riberas del Nilo, por fecundos desbordamientos, adoraban al buey Apis, negro como el ébano, con mancha triangular en el testuz y otros pelitriques; y no andaban torpes los egipcios, en medio de sus supersticiones y de sus paganismos, con deificar al buey de Heliopolis; pues el manso rumiante es un auxiliar maravilloso en las labores campestres y un poderoso agente en las tareas agrícolas; para el arado es recio y mesurado; para el tiro, potente y sufrido; en el terruño presta grandes servicios y en los plantíos se ocupa en la conducción de cañas al trapiche y la del bagazo á la hornilla; también conduce al pueblo los productos de la zafra en fuertes carretas de pesadas ruedas y de rústicos adrales; y es un vehículo paciente, manso y seguro; suple con ventaja á la mula y al caballo como bestia de car-

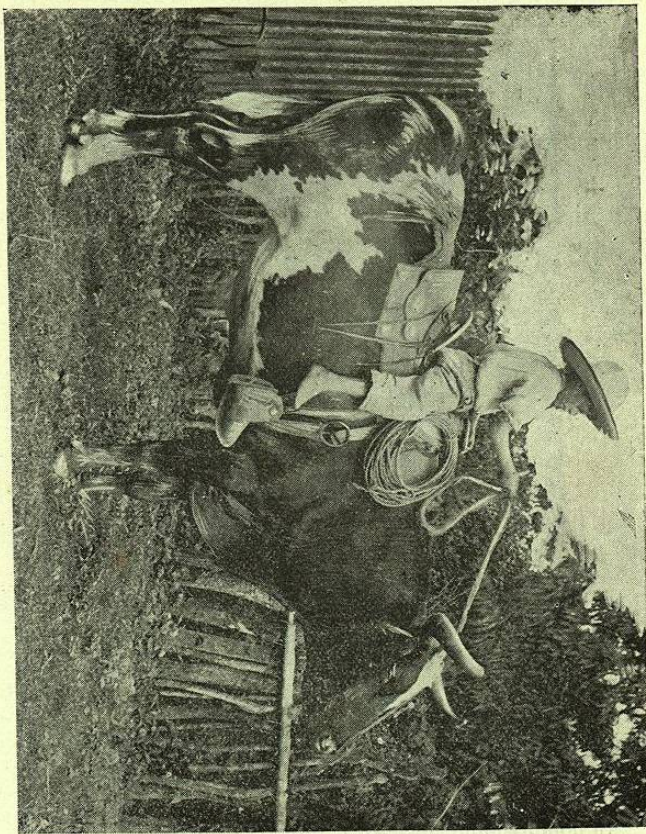
ga y tiro; la mula soporta menos peso y es espantadiza; y el caballo es más propio para caballería y para tirar de carruajes de lujo y no de carros y carretas de transporte.



El hombre, que domestica y sujeta á su albedrío á todos los animales, aun á los más feroces é indómitos, para obtener sus servicios y disfrutar de sus ventajas, ha adiestrado de tal manera al buey por estas comarcas, que lo emplea como mansa é infatigable cabalgadura, tanto, que soporta dó-

CAPITULO VII

cil sobre su lomo fornido á un niño, que para llevar enormes cargamentos sólo es comparable con los famosos elefan-



tes de la India; el empleo del buey es utilísimo en los pueblos de por estas riberas, tan amenazados de frecuentes lluvias; pues ninguna caballería es tan fuerte para caminar por

ios lodazales: el caballo se atasca, la mula se despea, sólo el buey pasa sin obstáculo por entre el impedimento del barrial, debido á la configuración de su pezuña, la cual, por ser hendida, penetra en el lodo abierta y sale cerrada, facilitándosele así sacar pronto la pata del hoyanco.

El buey adiestrado como cabalgadura es una gran conquista del hombre, pues por su mansedumbre, sin ser perezosa como la del jumento, responde á las exigencias siempre crecientes de sus propietarios; y no sería extraño verlo arrojado en las margenes del río ante la nueva luna, á igual de los elefantes en los bosques de la Mauritania, para creernos en Memfis y poseedores del buey Apis en las riberas del Papaloapan, del propio modo fecundadas que las tierras de Egipto por el verdecino y dilatado Nilo!

XVII

El terruño es una población esencialmente comercial; su situación topográfica, la falta de industrias fabriles y su comunicación directa con los pueblos todos de la costa de sotavento, lo hacen un centro de transacciones mercantiles; esta circunstancia determina el que sus habitantes se dediquen necesaria y habitualmente á la compraventa; en la calle hay una multitud heterogénea de ventas diarias que marcan la clase de nuestros productos y lo típico de nuestros gustos; en esto de vender son eficaces y ladinos, conocen los hábitos y las debilidades de los marchantes y atinan con las necesidades de la clientela.

En la mañana se expende la leche, alimento matutino y cotidiano de los habitantes que pueden comprarla; porque á veces está tan elevado el precio que parece porteadá en el perol del dios escandinavo Thor y estraída de las ubérrimas tetas de la divina vaca Athé; entonces la beben los ricos á regodeo y los pobres por medidas dosimétricas, si no se quedan ayunos del líquido lácteo y beben infusión de café con

panela, ó de hojas de naranjo; cuando abunda, no sólo la expenden en algunas casas—habitual expendio de ella—también salen por ahí zagalones avispados y locuaces pregonando con grito formidable:

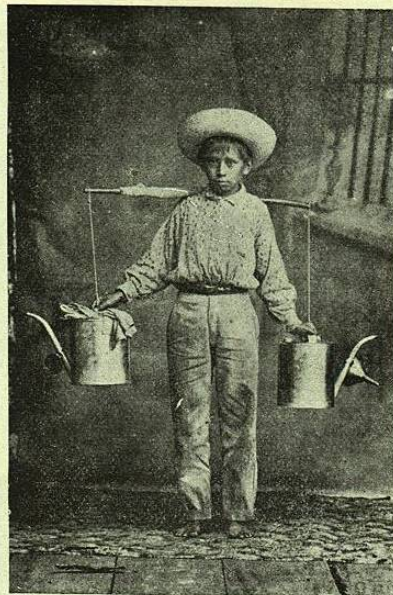


¡¡Cooooompran leeché!! ¡¡Cooooompran leeché!! Y la venden á mañana y tarde por aceras y puertas, no obstante que se andan mezquinos y remolones para despacharla.

* *

Vendedor infatigable es el que vocea el petróleo: para él

no importan lluvias ni rayos solares; recorre todo el pueblo con dos latas que semejan cantimploras y un pequeño em-



budo que sirve de medida, pendientes de corto palo, gritando para anunciar la venta:

¡Al gaserooooo! ¡Al gaserooooo! Y preguntando en cada puerta: ¿Petróleo? ¿Petróleo?

* *

¡¡Caaafeé! ¡Caaafeé! ¡¡Caafeteeritoo!! ¡¡Caafeteeritoo!!... resuena por las puertas en punto de las dos de la tarde; se vende el café á domicilio, ya tostado y molido, listo para pasarlo por alquitara—el que lo bebe por estilo árabe—ó para

hervirlo en tripona olla, endulzado con piloncillo; el café se compra bueno y no muy caro, y siempre hay consumo. por-



que resulta en cuentas domésticas—que no son cuentas del gran capitán—más barato que la leche; acostúmbrase á beber de tal tónico como desayuno, y en almuerzos y comidas se bebe como estimulante.

* *

El vendedor de pescado frito va de casa en casa ofreciéndolo en extendido *tihuapal*; se anuncia á distancia no por el

grito estentóreo propio de estos granujillas, sino por el tufo acre que despiden el pescado frito que va dispuesto en ruedas



en el *tihuapal* del expendedor; el pescado en esta forma se vende todo el año, y es recurso para aumentar los platillos del almuerzo, cuando la fámula ha ido á deshora al mercado, ó cuando aun yendo temprano el mercado ha estado pobre de comestibles; también viene á pelo como auxiliar para improvisado almuerzo en los casos de convidados imprevistos.

Es una muestra de que la cosecha de maíz ha sido buena el oír lejano grito de rapacejo andariego que vende:



¡Tamales de *elote* con carnee de puercooó!

Cuando es muy abundante la cosecha, se aprovecha el *jilote* (elote que llamamos) para hacer los dulces y mantecosos *bolillos*, tamales pequeños sin aderezo de carne, ó los tamales acondicionados con carne del pecho de la res, entonces se modifica el gritar de esta manera:

¡¡Booollliitooos deeee eelooooté!! ¡Coompraan tamaalees de eloote con carne de peechoooó!!

* * *

Entre las industrias caseras, sin duda alguna, la que ha alcanzado mayor fama—amén de la tamalera—es la de los dulces; pues en asuntos de confituras y compotas, de mermeladas y pasteles, las costeñas—como se les llama por antonomasia—tienen buen punto, sazón atinado y sabroso condimento; es infinita y variada la cantidad de dulces que se fabrican, bien sea por encargo especial, bien porque salgan á la calle para la venta pública, bien para regalo y regodeo del paladar; ya en dulces secos, tales como mostachones, rosquetes, soletas, bocados de ángel, suspiros y una serie exquisita de bocadillos, tan gratos al gusto como ostentosos á la vista: bocadillos de leche, de zapote, de limón, de yema, de coco... ya en confituras dignas de un *gaudeamus*, cuales son: sopa del cielo, sopa borracha, sopa pía, beso del duque,

antojo del Papa, yemate habanero.... toda una repostería que acreditarían á monjas descalzas; queda la industria en pequeño: dulce para pobre que no se regala, aunque tan limpio y sabrosamente aderezado como los anteriores, y son los de los pobres: melcochas, palanquetas, charamuscas, nuéganos, bocadillos de coyol, de coco; para estas golosinas se emplea la panela y no el azúcar; en días de bodas puede apreciarse la variedad de los dulces costeños, dignos de las de Camacho; porque aquí es costumbre enviar cada conocido de los desposados á la comida de bodas un platón como obsequio, donde alterna la vanidad del obsequiante con la competencia de la dulcera; es la leche sávido y codiciado ingrediente de melosos manjares, y con la nuez del coco se hace mucha suerte de confitadas, así como la guayaba, el tejocote y el membrillo prestan rica materia prima para pastas azucaradas y jaleas gelatinosas; para la venta de la calle se acondicionan dulces particulares que se consumen de diario así en la mesa del rico como en la del pobre; al venderlas pulula abigarrada chusma de muchachos, zagalejas y ancianas, porteándolos de casa en



casa para ofrecerlos empeñosa y obstinadamente; los llevan ora en llano plato, ora en rasa tabla, cuando en hondos cajones, cuando en viejo *tihuupal*, y la chiquillería grita que aturde con bocas descomunales para encarecer la bondad de la mercancía:

¡*Tutti frute!* ¡¡Aquiii vaá el *tuttiii fruteeeé!*
 ¡Bolitas, dulces ¡peeeero queee boolitáas!
 ¡¡Ah queé boolitaaas!
 ¿Dulces? ¿Dulces? ¡Aaal duulcerol!

La leche, el coco, el azúcar, la panela que abundan en el mercado; la naranja, el limón, la guayaba, los limoncillos, los higos, la papaya que se cosechan en patios y pegujalitos, son elementos siempre á mano para que prospere y se acredite la industria dulcera; y no sólo por esa abundancia de menesteres ni por esa tendencia de cosechar frutos en cercado propio, sino por la extrema limpieza y el delicado gusto para estas cosas de canónigos y estos condimentos de monjas, muy propios de la vida sedentaria y reclusa del terruño.

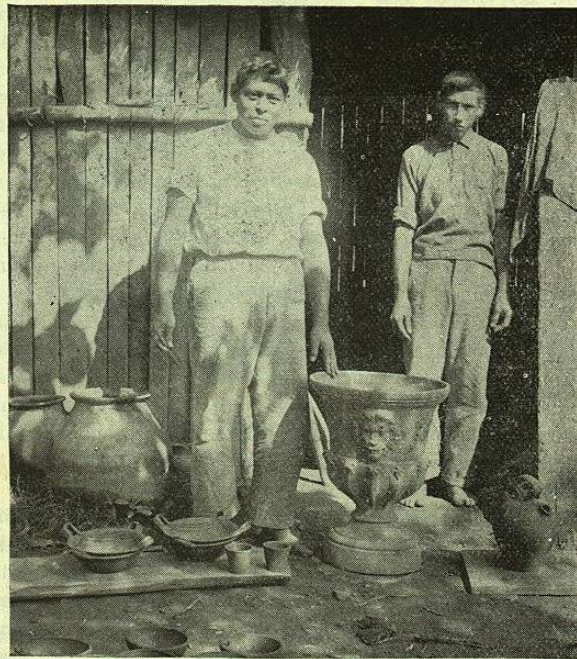
* * *

La cerámica es tan antigua como el hombre; el barro fué desde el Génesis la primera materia que se pudo más fácilmente trabajar, bastándose con los dedos; donde quiera que se ha descubierto un esqueleto humano, se han encontrado restos cerámicos.

Puede asegurarse, sin presumir de profetas, que lo primero que hicieron de provecho, después de la pesca, los primitivos habitantes del terruño, fué la fabricación de objetos de barro simplemente secados al sol; la falta de solidez obligó á los noveles alfareros á buscar en el fuego más dilatada y tenaz resistencia, la que no podía obtenerse con el sol; poco á poco ganó en perfeccionamiento la cerámica costanera, hasta llegar á barnizar los objetos para hacerlos menos sensibles á la humedad del clima.

Hoy la industria alfarera está muy adelantada, siendo considerable el consumo de sus productos en el interior y en el

exterior de la costa; puede afirmarse que existe una cerámica genuinamente del terruño: y si antes le faltaba vasijas de barro para las más apremiantes necesidades del vecindario, hoy alcanza su importancia hasta fuera de la localidad; grandes y airosas macetas y macetones con relieves, grabadas tinajas y esbeltos jarrones, muchos utensilios con esmalte y otros pintados con tino y discreción; la hechura de un filtro tan necesario en estas latitudes en que el agua no tiene las verdaderas condiciones de la potable; acreditada y ensanchada la cerámica, con mayores elementos y con más



grandes recursos, vendría la alfarería á ser un arte netamente costeño con sello propio y crédito duradero; pues exis-

te la materia prima en abundancia y disposiciones para trabajarla; la infatigable constancia de los Sres. Morales ha contribuido á darle nombre y particularidad á la cerámica del terruño, produciendo obras de general aceptación aun en los mercados de fuera.

* * *

El turco, por la ductilidad de su carácter—si es dable expresarse así,—por su perseverancia, por su natural acomodaticio, ha eliminado del pueblo al *mercillero*, aquél tipo que con la flauta en la polifona boca tocaba el wals «Sobre las Olas» dentro de un repiqueteo de registros y una variedad de floreos que ya iba para zenzontle humano con embobamiento de los desocupados vecinos; que llevaba en el brazo haces de cintas, encajes, tiras bordadas, echados al viento como grimpolas vencedoras, y colgado del hombro el repleto cajón pendiente de deslustrada correa, una especie de artilugio por lo complicado de su armadura y lo barato de su construcción; y se oía la aguda y atiplada voz de meloso deajo: ¡Algo de mercería, niñasss! ¡Calendarios del más antiguo Galván! ¡Peines! ¡Peinetas! ¡Prendedores! ¡Soguillas!

Y pasaba el *mercillero* con su pantalón ajustado á las canijas piernas, levantado de los bajos, por los cuales asomaba su suciedad el calzoncillo de manta fuertemente amarrado con percuridas cintas á la garganta del pie calzado con huaraches de *petatillo*; trashumante, locuaz, buhonero de campanillas que vendía por la inimitable labia y no por la calidad de la mercancía.

Pasó ya, dejando el campo al turco, sobrio, sagaz, inteligente, que metamorfosea el traje nacional con la rapidez de un personaje de comedia de magia al cabo de tiempo corto de estar en nuestro suelo; que en los ratos de descanso y en las noches de vigiliass—es un tanto noctivigilio—canta una salmodia, especie de *hizbe*, ó recibe lecciones del jefe para conocer el valor y el cambio de la moneda, á modo de no ser engañado á la hora de dar la vuelta á los marchantes; para

en seguida volver por umbrales y quicios con los chirimbo-
los en la mano:



—¿Quere algo, marchiante? Encajito de ancho; sspejo, peseta, cuato rales; mencuernillo bonito; adornesará, cochara, paineta, batones, fino, fino. ¿Panielos? Eso meno vale dose rales dose-na, ultimo, dié rales; ¿no quere tijera buena? Cuato durros, cual ma bueno; sortido novo; ¿encajito? . . . ¿Eso no bonito? ete si bonito, a se rale la pesa. ¿Etá pobe, dila? ¿Cuánto vara quere? ?Iqualito a eso, de se clase, dilo?

Tú trabaja y yo trabaja; yo venda, tú compra: ¿á ver, coanto me da, mochacha?

Ete cueta moncho dinero, etá cary é bonito.

—¿Traes peines blancos?

—¡Ora sen me cabó! Mira osté eso, me costaro catorrre rales, gana dó rales, esa é la marchiante, eso lo meno vale.

¿Amanicos? ¿Batones? Son de doblé fine. ¿Fraquito perfumenes? Yo no venda malo, yo no venda caro; ya me despida; adió, marchiante, tú no compra ná; voy cá mu lejo, luego vene, ahorita ya la una!

Y el turquito mete en su caja, de varios compartimentos,